

Filosofía de la lengua poética.

José Reyes González Flores¹

Pero es poéticamente como el
hombre habita en esta tierra.

Hölderlin

El hombre contemporáneo vive, vivimos la soledad, una soledad que va más allá del ser y estar solo, el hombre que lleva auestas una soledad llena de historia hueca. Vivimos una etapa donde la razón se agota, muere ante el imperio de la realidad otra, la nuestra, la cotidiana, la pragmática. Al hombre le queda el vacío para llenarlo con la utopía que ha persistido en la noche larga del mundo, para sacar de las ruinas una razón que se aleje del dogmatismo. Una razón que acepte en hermandad a lo irracional como una vía posible a la fe del hombre. Confieso, sin menor pena, que este ensayo plasma ideas de exégesis literaria producto de mi pasión y experiencia poética, no por ello es subjetivo, sino la aproximación a una objetiva subjetividad de mi «razón poética». *La tesis que ahora se expresa [me] permitirá delimitar las relaciones entre la filosofía y la lengua poética.* Quien haya vivido la poesía de cerca sabrá que estas ideas son la visión de un poeta que ensaya con las palabras. Pero, ¿dónde convergen la filosofía y la poesía? La respuesta es simple: en el lenguaje, porque filosofía y poesía antes que nada están fincadas en las palabras. Las palabras son los signos que existencian las cosas, las esencian cuando las tocan, las figuran para llevarlas al mundo de los hombres. Son signos intersubjetivos que en contacto unos con otros hacen reconocible los acontecimientos. No tienen solamente la función de designar, eso es básico, incluyente, sino que al combinarse muestran la parte misteriosa que está detrás de las cosas y que el signo referencialista no puede atrapar.

Al creador -filósofos, poetas, ingenieros- le es obligatorio retirarse de lo común de las cosas para hundirse en el ojo del remolino e ir al origen, al vacío mismo que es la apertura hacia el hombre. La creación como paso primero a la negación de lo exterior, de lo superficial, para ir a lo profundo y preguntar por los afanes cotidianos. La acción creadora como una apertura al mundo, ser uno con otro. La lengua es la cuna de las palabras, es una organización de signos que se validan cuando la sociedad se «pone de acuerdo» en su uso. El problema de la lengua, y del mismo lenguaje, dentro de la filosofía radica en la intersubjetividad de los signos. Cuando el lenguaje es originado por la convención implica que los hombres han llegado a la intersubjetividad, a esa especie de «contrato» no dicho que permite la relación entre la palabra, la cosa y el hablante. Pero si se considera cuidadosamente, la palabra lleva consigo la parte mágica y poética de la nominación del mundo. ¿Cómo nombrar, por primera vez, las cosas de la realidad sino es poetizándolas? Por eso cada vez que nace una palabra llega con el prodigio de la vida y con lo fantástico de la realidad. Se me figura, así de momento, decir que una «nube llora» ya supone la humanización de la nube. Quiero creer en el acuerdo tácito entre las personas -usted lector- que hace de la palabra-cosa-nube un dato que eclosiona con vida. Tarde o temprano, es evidente, ese dato no será más que un dato. Por lo pronto la palabra se transforma en lluvia, así como llueven palabras en esta hoja hasta inundar de letras cada espacio.

Cada hablante, pese a su pragmática -que también es poética- es un poeta en potencia. No publica pero hace públicos sus hallazgos, sin embargo no es reconocido como poeta, mucho menos como filósofo. Para ser filósofo o poeta «debe ir» a la Universidad por un título que lo acredite como tal. Es allí donde radica la angustia de ser o no poeta, y más en una sociedad donde pareciera de nada sirve ser poeta. Se comprende porque Hölderlin alguna vez hizo una pregunta a los hombres: ¿Para qué ser poeta en tiempos de penuria? Poco después Heidegger dio una respuesta que para muchos no deja de ser subjetiva y queda fuera de la maniquea razón. “Ser poeta, en una época de penuria significa: reparar cantando en las huellas de los dioses huidos. De ahí que el Poeta diga lo santo en la época de la noche del mundo. Por eso, la noche del mundo es, en el lenguaje de

Hölderlin, la noche sagrada” (Heidegger, párr. 10). En la respuesta heideggeriana aparecen dos proposiciones alejadas de la objetividad mundana, dioses huidos y decir lo santo. En realidad, los poemas son humanos, creados por la mundanidad del hombre, pero al mismo tiempo acaece en ellos, en el poema y en la palabra -en el lenguaje poético- ese grado inexplicable de lo mágico y del asombro; asombroso porque expresa lo inexpressado. Tal vez por eso Platón al imaginar la sociedad perfecta deja fuera a los poetas, ya que éstos se encuentran entre lo terrenal y lo santo. Y, ¿dónde quedan los filósofos? Igual que los poetas, en la penuria de la noche del mundo. Cabe preguntar ¿para qué pensar en la filosofía? ¿Para qué pensar en la poética en tiempos de miseria si sólo vagamos de pueblo en pueblo en «la noche sagrada»? La razón es un instante más del olvido del Ser, un miedo a pensar, porque la razón no es más que la enemiga del pensar. Hoy por hoy, la razón por la razón, es madre de todas las terquedades y madrastra de los cuervos rondadores del corazón humano.

La intersubjetividad ha llevado a los filósofos a asumir varias posturas con respecto al lenguaje. Algunas posiciones señalan al lenguaje como elección, al lenguaje como convención y al lenguaje como naturalidad. Dichos problemas fueron dilucidados desde la edad antigua, pues el hombre es quien nominaliza a las cosas, pues la naturaleza no asigna nombre alguno. Entonces el lenguaje aparece como una metáfora, es decir, una creación lingüística que desboca en imágenes en la bocacalle de las convenciones sociales, primero de manera individual, luego colectiva. Si la palabra hace presente al mundo, es porque el mundo está ahí. Es evidente que el lenguaje no sólo contiene la parte social, sino la parte individual donde las cosas comienzan a ser clasificadas de acuerdo con el conocimiento humano. No es casualidad que el *objeto-cosa* se funda en una presencia única: *lenguaje-mundo*. Para empezar, sin la palabra el mundo se hundiría la noche de los sinsentidos. Así surge la palabra. Cada palabra que puebla el mundo de los hombres en principio es metáfora, creación, imagen lingüística que no sólo relaciona las cosas y lo que éstas guardan para con nosotros, sino el atrevimiento de la más pura expresión: Poesía. Todo el lenguaje es poético

desde el momento mismo en el ser hablante expresa lo inexpresado, desde el momento en el que el hombre pone en marcha su pensar poético.

El *pensar poético* hace primacía en la lengua, pues las palabras, además de ser materia verbal, están dispuestas a recibir la motivación creadora. Pareciera que sólo al poeta les dada dicha facultad, pero el hombre ya lleva en el acto de pensar la magia que las palabras dan y que en manos del oyente, éstas viven por el tiempo de los tiempo. Se dirá, con o sin temor a equivocarse, que el pensar poético reviste de poesía la palabra y ésta al mundo. La palabra, con este decir -o sin él, es una figuración de las cosas, una poética que el lector -receptor- vierte en la forma material que ha elegido para ello, pues en toda palabra existe el asombro, esa esencia primera que vistes de letras el significado primordial, es decir, el pensar poético que permite al hombre permanecer en la realidad y no naufragar en el abismo de lo sin nombre. La palabra es la proveedora del gran almacén del lenguaje, lenguaje que cada vez se constituye nuevo y que debe su existencia a esa actividad creadora que el hombre plasma en las cosas comunes. Por lo que, es la poesía del lenguaje lo que hace inteligible el pensar. Si es poesía es falso, dirán algunos, porque la poesía parte del reino de lo intangible, de las emociones y los sentimientos exaltados. Pero así nacen las nuevas palabras, del mundo de lo intangible que se amasa con la harina del lenguaje para designar un objeto antes no visto en este mundo. Estremecimiento puro: palabra-poesía-objeto.

La poesía es pensamiento y el pensamiento es poesía. Pero, ¿qué existen en el pensar poético? El lenguaje pensado como una práctica constante de la metáfora, la estrategia que permite la antropomorfismo de los objetos, en suma esa relación intuitiva y pura que brota de la poética de las cosas cotidianas. Además del lenguaje pensado, también hace presencia el lenguaje afectivo, es decir las emociones, las pasiones, los sentimientos e inclinaciones que con el asombro, es decir, nombrar las cosas por vez primera violentan al pensamiento logicista de los hechos. A fin de cuentas, con el lenguaje pensado, accedemos al sentido de lo sentido. Ahora bien, mediante el lenguaje afectivo y el lenguaje pensado se llega al lenguaje vivo, ese que cada día nos nombra y al hacerlo nos bautiza de realidad. Las palabras, como tales, no son falsas ni verdaderas, ni buenas ni

malas; sólo son palabras y reflejan las reflexiones -poéticas por antonomasia- que nos permiten fundar el pensar poético. Heidegger no ayuda con el siguiente argumento: “El pensamiento fiel a lo que demanda ser pasado es el fondo de donde surge la poesía” (1998, p. 30). La palabra toma el lugar de la realidad, la configura, da vida a lo que no tiene vida, todo revive con el hecho de ser tocado por la palabra. No cabe duda que la palabra da aliento a las cosas. Las palabras al volverse figuración crean un significado propio y ejercen asociaciones de ideas en el hombre que las lee o escucha. La palabra acecha el significado y se transforma en su propia palabra y a la vez en su objeto referido y de referencia. Basta recordar que para Víctor Hugo las palabras eran seres con vida, mientras que para Henry Miller son el aire que se respira.

Es en la lengua donde las palabras tienen su actuación inmediata. Por medio de la lengua el individuo organiza los signos que habrán de expresar el mundo. La lengua se va adquiriendo, no por imposición, sino de una manera natural, que poco a poco lo lleva a la actividad reflexiva que es el lenguaje, esa facultad creativa que anida en el cerebro del hombre en forma de expresión fonética. La lengua va construyendo la esencia del lenguaje y es en el lenguaje donde el acto poético enraíza como un árbol al que le van brotando hojas, luego flores, y el fruto que dará sabores dulces o amargos, o simplemente, una nueva semilla para que otros árboles enraícen. El hombre no solamente piensa y hace el mundo con el lenguaje, sino que la visión propia y la del mundo determinan el lenguaje, no mero intermediarismo, sino un lenguaje que dice: esto es el mundo, esto soy yo, esto es el asombro de hablar con el lenguaje desde el lenguaje. Todo lenguaje es una expresión colectiva, un arte que lleva un ritmo, una fonética, un simbolismo, una suerte de *magia* que la gramática no se atreve ni siquiera imagina, porque el lenguaje no sólo son signos que cumplen la función de referir las cosas, sino que comunica ideas, emociones, sentimientos y deslumbramientos. Entonces el lenguaje produce significados tales que moldean la realidad, la señalan de formas diversas, pero sin dejar de nombrarla. ¿Para qué referirla como siempre? ¿Para qué decir faro por el simple hecho de decirlo? Es tan cotidiano que puede pasar desapercibido como todas las cosas del mundo, ¿por qué no decir, como José Gorostiza, Rubio pastor de barcas

pescadora? ¡La locura! Entonces el lenguaje, dirán, pierde su referencia. ¿Qué importa si su esencia permanece?

La idea básica es que el lenguaje no es sólo un instrumento, sino un juego de posibilidades para representar el mundo. El lenguaje no está hecho, sino que se hace y deshace a cada momento porque se relaciona con los actos cotidianos. El lenguaje, además de caracterizarse como mediador entre el hombre y las cosas, posee naturaleza fantástica, más cerca de lo poético que de la frialdad de la razón lógica, porque el hombre a cada momento está recreando la realidad como el poeta plasma sus impresiones; por eso no está lejos de la poesía, de la prosa poética, ni del discurso metafórico. La metáfora cumple la misión de mantenerlo vivo, y no en el museo de la regla gramatical. Si bien es cierto que el lenguaje permite diversas actuaciones gramaticales, con *apariencia* formal, hay aquellas que llevan la excentricidad estilística, pero no por ello dejan de ser formales, éstas son las lenguas literarias. Surge, entonces la siguiente pregunta: ¿existe, acaso, una lengua literaria?, ¿será posible un lenguaje poético? Fueron los Formalistas rusos quienes consideraron por primera vez a la literatura como objeto de ciencia (dentro de ella, la poesía). Dijeron que la literatura también podía ser estudiada con principios científicos, pero este no es el lugar para discutir tal propuesta. Baste saber que la poesía engarza tanto lenguaje natural como los códigos culturales de donde surge, por tanto la forma material del lenguaje deja su omnipotencia y abandona la capacidad deterministas de las referencias. La forma no soluciona todo, es cierto que el lenguaje es una forma, pero no quiere decir que con la forma se salvan todos los problemas. La palabra, como forma, es un sincretismo de emociones contradictorias que permanecen latentes en la misma forma, porque no tienen sentidos únicos, sino tienen maneras de usarse. El sentido puede cambiar de rumbo y con el significado. El significado depende de las relaciones que las palabras tengan con otras palabras y cuando sus funciones gramaticales se alteran en los contextos. La forma del lenguaje puede transponerse de un modo muy particular para establecer semejanzas, ya no con la forma original, sino con el pensamiento, con la imaginación, para dar significados maravillosos. Hemos, entonces, manipulado la forma y, con ello, creado significados a partir de una manipulación

sistemática. Sólo debemos recordar que el lenguaje ocupa el lugar de las cosas como mera representación, pero no es la cosa en sí, es una mera forma, una figuración.

Quien mejor sabe que el lenguaje es más que una forma es el poeta. ¿Y el filósofo? Pocos son los que se han atrevido a ir más allá de la forma del lenguaje, a lo misterioso, a lo poético. Para el filósofo, la filosofía es la ciencia de las ciencias, la madre de todo conocimiento, la todopoderosa que resuelve los problemas del conocimiento humano. ¡Vaya presunción para una hacedora de palabras! Sólo se mencionarán algunos datos: Kant (1966) dice que la filosofía es una ciencia que relaciona todo conocimiento y la nombra como razón humana, y en esa razón humana, pregunto, ¿dónde queda la razón poética? Respondo: en la misma razón. Ya que la poesía que ha trascendido los tiempos es aquella que mejor ha equilibrado la razón y la emoción. Como razón del lenguaje entiendo la precisión en el uso de sus formas para, luego, con la emoción, darle una razón poética. Belleza y pensamiento en equilibrio; para Descartes (2008) la filosofía es el estudio de la sabiduría, concepto no ajeno a la filosofía de los griegos, no obstante para éste filósofo, matemático y físico francés, con la filosofía se accede al perfecto conocimiento de las cosas a las que el hombre se entera del mundo. Mientras para Hobbes (2006) el conocimiento se adquiere mediante el correcto del razonamiento. Quizá, por ello la poesía siempre ha sido tildada de emocional, de soñadora, de utópica, por tanto, no será un conocimiento en el sentido estricto de la razón. La filosofía, por lo general, en muy contadas ocasiones se ocupa de las formas del lenguaje, pero en la historia de la filosofía y de la poesía ha sucedido algo muy curioso. La literatura estuvo encorsetada a la normatividad, a la preceptiva, a la lógica y al canon. Los poetas eran *sabiondos* de la norma, de las leyes del ritmo, pero poco osados en el uso del lenguaje. En este punto es cuando comprendo las razones por las que Platón echa a los poetas de la «tierra prometida», su *República Perfecta*; cómo no, si eran meros aplicadores de la normatividad y poco intermediarios entre los dioses y los hombres.

La filosofía vaga en la libertad del pensamiento, aunque los filósofos lo niegan, sin embargo a cada momento su pensamiento es un florecimiento poético. A cada momento buscaban la metáfora

para representar al Ser, a Dios, al Hombre y su Naturaleza. Vagan en la irracionalidad lógica del lenguaje, en lo misterioso que este guarda para con las cosas, basta recordar un par de libros sembrados de metáforas extraordinarias, se trata de *Investigaciones filosóficas* (2003) y la *Gramática filosófica* (2007) de Ludwig Wittgenstein. Es hasta en los tiempos modernos que la poesía abandona la dictadura del canon y se dedica a la aventura de la expresión lingüística. No es cierto que la poesía sea una forma intermediaria de la filosofía como señala Samuel Ramos en el prólogo del libro de W. Dilthey (2003) *La esencia de la filosofía*. La filosofía ni la poesía están una sobre la otra, no es más una que la otra, sólo son caminos distintos para llegar a la misma montaña, creo que así lo expresó Nietzsche. La filosofía tiene la función de recapitular el conocimiento, en especial como una forma de intuición del corazón, o aconseja Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas*, curarse de filosofía para llegar al embrujamiento del lenguaje y aliarse con él para comprender la filosofía del lenguaje, más aún, el *embrujamiento del lenguaje* poético como lengua cotidiana. Tanto filosofía como poesía están ligadas a las palabras, por consiguiente, ni filósofos ni poetas pueden quedar por encima del lenguaje. El abandonar el lenguaje es alejarse del idioma, ello implica quedar fuera de la poesía y la filosofía, y ambas se tocan en las palabras. La unidad con las cosas está en la forma que asume el lenguaje, y para ello hay múltiples caminos, cada cual elige uno. El filósofo decidió la filosofía y el poeta, la poesía. La filosofía no aventaja. La poesía tampoco. Es mejor “curarse” de filosofía y poesía para orientarse con el lenguaje, porque todo lenguaje sirve para entender, y el entender viene de un «pensar inspirado» el cual es un «poetizar».

La verdadera realidad de la poesía radica en el lenguaje, donde la lengua poética se organiza como un conjunto de reglas, una gramática poética que conduce al escritor por camino seguro. ¿Pero en verdad es posible hablar de una gramática poética? Sólo hay dos respuestas. La primera es que la poesía no necesita de reglas que dicten su funcionamiento. Segunda, pero, ¿cómo puede hacerse la poesía? Con lenguaje. No son suficientes las ideas, no son suficientes las emociones ni los sueños. No basta con soñar. No basta con pensar. La poesía necesita del lenguaje para hacerse presente a los hombres. Y cuando el pensamiento y las emociones y los sueños brotan con las

palabras, entonces la poesía está hecha. El hombre, entonces, se sabe en el asombro. De acuerdo con Heidegger (1973) la poesía es creación **en y con** palabras, por eso para el *poeta de la filosofía*, el Ser es creado con las palabras. Nada o más expresivo es indicar que la *palabra es la casa del Ser*. Con la poesía no se traduce la realidad, la muestra por los lados más bellos y más horribles, por los lados más placenteros o más angustiantes, por los más oscuros o por los más claros. De acuerdo con lo anterior, podemos cerrar este párrafo diciendo que se trata de una estética hecha con lenguaje, como el primer hablar, no un hablar de las cosas en la naturaleza sino como un hablar de las cosas en la Naturaleza. La poesía es un decir lingüístico de modo privilegiado donde se simboliza la referencia de las cosas para comunicarlas al oyente, sino encontrar con las palabras la preeminencia como una forma de comprender y oír en armonía plena, una sensación por medio de la emotividad del lenguaje que presencia, evoca y esencia las cosas. La poesía no-referencia las cosas acaecidas, sino las posibles, como una esfera de verdad filosófica cuya raíz está en la manera de aprehender la esencia de las cosas, por eso, filosofía y poesía permanecen hermanadas.

El significado esencial de Poesía está en el griego antiguo, es creación. En la tradición China es *shih* como poesía o arte verbal en combinación con *chic* que es finalidad o diseño, cuya implicación es conocer los elementos fantásticos que conducen y guían a los hombres. El poeta es un hacedor del *Gerade* porque habla *por el habla* como un estado *expreso* que alberga al lenguaje en la comprensión del hombre en el mundo. Para la poesía el lenguaje no es un instrumento, ya que la poesía crea al lenguaje. La poesía no tiene como objeto los ríos, las montañas, el amor o Dios, sino el lenguaje que la esencia, que los hace presentes en un ir de la interioridad a la exterioridad, como interés espiritual. Dilthey (2003) sugiere que en la poesía el percibir y sentir la vida contenida en la naturaleza humana son infinitos, por ello la poesía es el entendimiento y el poeta el visionario. Por eso este filósofo considera que la poesía fue quien preparó el nacimiento de la filosofía en Grecia, y más, fue la «culpable directa» de su renovación durante el Renacimiento, ya que la poesía gobierna libre en las ideas y en el alma del hombre por medio de las palabras. Es sabido que la poesía no es ajena al uso designador del lenguaje sino que une las referencias individuales para

mostrar una referencia global, totalizante. La función de la lengua poética, será entonces semantizar los referentes, matizarlos con transposiciones de la realidad a una representación simbólica y emotiva, donde los procedimientos mentales no son más que formas operacionales de una poética intrínseca al pensar cotidiano, por lo que la función de una lengua poética está orientada hacia el mensaje mismo, al hombre interno, hacia el pensamiento. Pero, ¿no será la poesía un lenguaje privado? En principio, y en conceptos wittgenstenianos, sí.

Es en la lengua poética que el hombre comunica el significado general. Un significado asequible con los instrumentos del lenguaje, que en contacto con los hombres, se vuelve más objetivo en la intersubjetividad por el hecho de tener la ventaja de las emociones y sensaciones que la poesía nos expone. Es cierto que la lengua poética desvía la forma gramatical, pero sólo de modo pasajero, porque cuando llega al entendimiento, los códigos de la lengua natural hacen que el pensamiento poético abra nuevas puertas a la realidad. Es el conocimiento del lenguaje lleva al hombre a la autocomprensión y a la apertura del mundo. Diré que la filosofía de la lengua poética trata de una apertura múltiple que pone de manifiesto la poeticidad como un hecho totalmente realizado. La poesía, robándome las palabras de Wittgenstein, no es refutable porque en ella no cabe el escepticismo, sino la duda y la pregunta que desembocan en las más extraordinarias respuestas. Cuando el hombre-poeta-filósofo encuentra la palabra y las otorga a las cosas, entonces las cosas adquieren nombre, creo con esto, que los nombres delimitan el mundo y lo sacan del asombro, pues la palabra otorga a él su existencia. Considero indiscutible la inauguración del pensamiento poético, un pensar-poesía y una poesía-pensante, en tal medida el hombre y las cosas se embeben del misterio y de la magia con que la palabra accede al mundo. Con el lenguaje la poesía es posible, con la poesía llegamos a la médula de los acontecimientos inexplicables de lo cotidiano. Se trata de un diálogo interno, luego se transforma en habla -poética- para llegar de uno a otro. En primera instancia es un código destinado a una persona para ser trasladado a un conjunto de personas en diálogo poético. En segundo turno, la privacidad se vuelve intersubjetiva y llega la

comprensión. Por último, las sensaciones antes individuales se comparten mediante el lenguaje poético que fundamos al momento de nombrar la realidad por primera vez.

La poesía entra en un juego que va de un diálogo a un habla y de allí a un lenguaje que se vuelve cohabitante de los hombres. El habla no como instrumento entre muchos que el ser humano posee, sino como un habla que garantiza la posibilidad del entendimiento. Un habla donde existe la poesía, y donde hay poesía hay diálogo. En tal sentido la poesía no es mera apariencia, no es mero sueño o ideales, es el mundo mismo con sus cosas y sus fantasías. La poesía no es un adorno, sino el lenguaje en el reino de la acción porque nombrar por primera vez permite crear y fundar el mundo. La poesía es una existencia de las cosas comunicadas por el habla poética. Con lo anterior no queremos decir que la poesía deba salir de la subjetividad, por lo contrario, es en la subjetividad donde el hombre realiza los acuerdos. No se quiere decir que la filosofía, la poesía y la lengua son las antagonistas de la vida. Es bien sabido que la subjetividad parte del objeto, va y ve todos los lados del objeto. En principio, es por la subjetividad que la poesía como el habla se desliza hacia la intersubjetividad. Con el diálogo analéctico -no dialéctico- el pensar confluye con el poetizar, de la confluencia nace el afluente al que llamaré bajo riesgo de nadar en sus aguas, la lengua poética. Una poética que ya instaurada presenta la configuración de la poesía como la razón poética que nos dará el nombre y éste será la vela para acceder a la oscuridad del silencio y salir airosos con la palabra con la que daremos identidad al mundo.

Referencias:

- Descartes, R. (2008). *Discurso del método: Para dirigir bien la razón y buscar la verdad de las ciencias*. México: Colofón.
- Dilthey, W. (2003). *La esencia de la filosofía*. España: Losada.
- Heidegger, M. (1973). *Arte y poesía*. Tr. y pról. Samuel Ramos. México: FCE. (Breviarios, 229).
- Heidegger, M. (1998). *El ser y el tiempo*. México: FCE.
- Kant, M. (1966). *Crítica de la razón pura*. Estudio introductorio y análisis de la obra de Francisco Larroyo. México: Porrúa. (Sepan Cuantos, 203).
- Mota Botello, G. A. (1995). Por las sendas de la creación. En Adriana Yáñez (coord.). *Diálogos sobre Ontología y Estética*. México: UNAM.
- Platón (1998). Ion o de la poesía. *Diálogos*. Estudio preliminar de Francisco Larroyo. México: Porrúa. ("Sepan Cuantos" Núm. 13).
- Strauss, L. (2006). *Filosofía política de Hobbes. Su fundamento génesis*. México: FCE.
- Wittgenstein, L. (2003). *Investigaciones filosóficas*. Trad. Alfonsi García Suárez y Ulises Moulines. México: UNAM. (Filosofía contemporánea).
- Wittgenstein, L. (2007). *Gramática filosófica*. Trad. Luis Felipe Seguera. México: UNAM. (Filosofía contemporánea).

¹ José Reyes González Flores. Profesor investigador del Departamento de Letras de la Universidad de Guadalajara. Actualmente dirige la investigación ***El devenir de la presencia poética. Hacia una semiótica poética de cuarta generación***,